



Madrid, capital de España y puerta de los cielos, tiene otra puerta llamada del Sol. En esa puerta nació la por ángel de belleza y bondad llamada Angela, de la aristocrática casa de los Olgado y hoy señora del joven prócer hispano Don Jacobo Zobel, de la familia Zobel, una de las más queridas y distinguidas en Filipinas.

A esta dama que siendo una gran señora es al propio tiempo una chiquilla encantadora toda verdad, humildad y candor, hemos llegado en nombre de EXCELSIOR a pedir el honor de una entrevista, ya concedida por ella antes de venir a Filipinas a un ilustre escritor español para LA ESPERA, la más importante revista de España.

—¿Qué le parece a usted nuestro país, señora?

—¡Encantador, hermoso!

—¿Le ha cobrado usted cariño?

—Más que cariño; amor.

—Y sin embargo, nos abandonan ustedes; tengo entendido que se van a España, a Europa...

—¡Oh, por muy poco tiempo! Saludar a la familia, asistir a la feria de Sevilla en donde Jacobo quiere ver caballos de raza...

La interrumpimos, admirados:

—¿Pero más caballos, señora? ¡Si tiene siete!

Doña Angela sonríe:

—¡Qué quiere usted! Es un capricho. Y es un capricho que yo comparto.

—¿Le gustan los caballos?

—Mucho; uno de mis deportes favoritos es la equitación.

—¿Qué otros deportes le entusiasman?

—Los viajes y la caza. He viajado mucho, mucho, yo nunca me canso de viajar! Y cazado mucho también, en Extremadura en una de las fincas de mi padre y aquí, en Calatagán.

—¿Cuál es su mayor amor?

—Mi hogar sobre todas las cosas. Mi hogar con mi marido, con mi hijo, con todos mis buenos servidores, con mis jardines, con todas estas cosas que usted vé...

¡Cositas! Cositas llama la señora de Zobel al tesoro de joyas artísticas y muebles que anegan los salones de su palacial morada.

—¿Cuál sería su mayor ambición?

—Ni mayor, ni menor. Ambición ninguna. Ambición, ¿de qué?, ¿para qué? Soy completamente dichosa, tengo cuanto puede hacer feliz a una mujer.

—¿Cuáles son sus modistos favoritos?

—Worth y Chanel.

—¿Cuál es su mejor tesoro?

Doña Angela vibra como una lira de la gloria y resplandece toda como un sol:

—¡Mi Enriquito! Mi hijo!

—¿Ama usted a los pobres, señora?

—Estoy por decirle que son mis mejores amigos.

—Lo sé, todos sabemos, que usted y su esposo estan haciendo infinitas obras de caridad...

—Dios ordena que de lo que demos con una mano no se entere la otra...

—¿En dónde conoció usted a Don Jacobo?

—En Francia, en San Juan de Luz.

—¿Qué opinión le merece la sociedad española de Manila?

—La misma que la filipina y la americana y la extranjera. No tengo para ellas más que palabras de gratitud por sus múltiples cortesías.

—¿Ama usted el baile?

—Mucho, mucho, lo mismo que mi esposo.

Callamos, para dejarla respirar un instante, abrumada como yace bajo el relámpago de nuestras preguntas. Y después...

—¿Qué le parecen a usted nuestras mujeres?

—Lo mejor de Filipinas.

—¿Incluyendo las "girls" que se cortan el pelo?

—No, señor; a la indígena no le sienta esa moda; rima muy mal con el traje nativo. Yo misma, cuando voy con el traje del país, tengo que ponerme un moño postizo, porque parece que sin pelo no voy a la verdadera filipina.

—¿Le gusta el traje del país?

—¡Por dios si es tan lindo!

—Pero ya vé usted, el noventa por ciento de

mis paisanas no lo comprenden así y se pirran por engalanarse con plumas pteadas...

—¡Qué lástima!

—¡Y qué dolor!

El compañero Montes cree llegado el momento de terciar en la conversación, y enciende la vela, digo, el magnesio, que le han dado para la procesión. Se produce una leve onda de humo y Doña Angela se levanta para abrir el balcón. Bañado por el sol aparece uno de los jardines. Más allá, rie el mar. Más allá de ese mar, está España.

Señora: ¡Por España, por el alma de Don Quijote, por el alma de Dulcinea, os juro que sois buena! Por todas las grandes pasiones que en el mundo han sido, por los caballeros intachables, por las mujeres ciegamente adoradas, os juro que sois bella! Y por el amor, por la belleza, por la poesía, por la bondad, por todos los ideales que enaltecen la vida, por todo lo que la vida merece vivirse, seguid siendo feliz como las princesas de los cuentos de hadas, en ese hogar de vuestros amores, que amais sobre todas las cosas de la vida.

Jesus Balmor

